

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

ORFANDAD

El comunismo autoritario y sus adictos, desde el momento que el anarquismo y sus hombres les dirigieran sus críticas, fustigando sus crímenes liberticidas, o, en repetidas veces, constataran sus fracasos en todos los órdenes de la vida social, quisieron creer que sólo se trataba de una campaña de difamación, llevada a cabo con furiosa alegría. No desearon comprender, o, más bien, cegados por una enconada táctica partidista, prefirieron involucrar a sus más leales adversarios entre los más variados elementos de más subido color reaccionario. Para embotar, desvirtuándola, la propaganda anarquista, se buscó presentársela al pueblo con la careta de la canalla más abyecta.

Sin embargo, menos a los anarquistas que a nadie podía causarles regocijo la desviación de la revolución rusa, que intentaba inaugurar una nueva era para la humanidad. Ni tampoco pudo producirnos alborozo esos continuados tumbos del país ruso, precipitándose en el caos, en la miseria, en el pauperismo más lancinante, para que finalmente los soviets acudieran a la rica-burguesía extranjera a fin de dignarse de explotar su suelo, minas e industrias y, asimismo, su proletariado.

Era imposible callarse si se anhelaba extraer una saludable enseñanza de la grandiosa lección que Rusia le está dando al mundo. Sus yerros habían de servirnos a nosotros, y a todos los que persiguen un mejoramiento social, de provechosa experiencia para el intento de nuevas formas de vida. Debiase, pues, proclamar la verdad de los hechos. Sofocar la sería impregnar de miasmas neféticos al proletariado mundial.

El engaño, con que los bolcheviques cuyas ocultas su verdadera situación, es contraproducente y se revuelve contra ellos, haciéndoles mucho más daño que si no hubieran usado ese mal ardido.

Temprano o tarde, la realidad reivindicará sus derechos y sale a flote para escarnio de quienes intentaron negarla. Los informes que a veces tratan de torcer el buen sentido, embauccándolo con un falaz optimismo, provocan en él decepciones irremediables. Por eso, hay que confesar que de los principales postulados de la primitiva revolución rusa, ninguno se pudo llevarlos a la práctica.

Ahora es la familia de corte burgués que vuelve a reconstituirse. Decimos mal. No será nunca lo que antes fué. Aunque sea peor o mejor. El hecho es que el Estado soviético, por incapacidad, por impotencia de organización debió renunciar a la tutela que ejercía sobre la niñez. Ello, que no era un secreto para nadie, y la misma "Pravda" lo constataba con datos y cifras irrefutables, ha sido ocultado por mucho tiempo. La vagancia de los menores, las numerosas enfermedades hacían presa en ellos; era una de las más grandes llagas del sistema soviético.

En estos días, acosadas las autoridades bolcheviques, adoptaron una medida radical, desentendiéndose del sostenimiento de la infancia. El soviets central de Moscú se pronunció al respecto, y las otras ciudades lo harán también. El medio arbitrado para resolver esta situación insostenible, estriba en confiar niños huérfanos a cada familia de agricultores, pagándoles de 5 a 10 rublos mensuales, otorgándoles una pequeña concesión de tierra. El Estado, pues, como tutor de la orfandad infantil, marró lamentablemente. Y no podía ser de otra manera, al tratarse de un sistema autoritario amalgamado por la fuerza y man-

tenido por una vasta burocracia, que ha de parecerse a la de todas partes.

Hace escasamente un año que una delegación laborista partía de Gran Bretaña para visitar los países soviéticos. Guiados por sus funcionarios, elaboraron un voluminoso informe que en parte ha sido traducido para esta misma publicación, y por eso son conocidas las conclusiones a que llegaron esos miembros eminentes del Labour Party de Inglaterra. Aquello no era el Eldorado, pero en algo se parecía. Una réplica fué presentada por los redactores del periódico anarquista *Freedom* de Londres. En contacto con las publicaciones rusas, hubo de serles fácil formular una completa refutación, con el propósito de colocar hechos y cosas en su justo lugar.

Y bien, ¿cuáles poseían la razón, los laboristas que desearon engañar, o los que valerosamente se resistieron al engaño?

Las recientes providencias, adoptadas en última instancia, esclarecen completamente el pavoroso problema de la niñez rusa.

Pravda, en enero de 1925, al hablar de los "Young Pioneers" (comunistas-señal), proporciona estos guarismos, resultado de una inspección médica de 20.000 niños de Moscú que se hallaban en edad escolar.

Anemia. — 1919: 9 por ciento; 1920: 11,2 por ciento; 1921: 15,3 por ciento; 1922: 21,9 por ciento; 1923: 39,3 por ciento; 1924: 42,3 por ciento.

Funcionamiento irregular del corazón. — Año 1919: 4,2 por ciento; 1920: 8 por ciento; 1921: 13,5 por ciento; 1922: 23,5 por ciento; 1923: 27,9 por ciento; 1924: 36 por ciento.

A pesar que las condiciones sociales y económicas mejoraron mucho desde 1921, el estado de salud de los niños fué decayendo cada vez más. En una escuela que está bajo el especial patronato de Kalinin, por una investigación realizada, se constata los siguientes resultados:

Los niños con disturbios nerviosos suman un 38,3 por ciento; anémicos 37 por ciento; con frecuentes dolores de cabeza 55 por ciento; los que sufren de insomnio 25 por ciento.

Este mismo escritor dice que la posible explicación de estos sorprendentes fenómenos, es que a la infancia se la obliga a tomar parte en los actos públicos. Y agrega:

"Un examen detenido nos lleva a la conclusión que una de las principales causas de la extrema laxitud y cansancio de los niños, se debe al hecho que se les recarga, no una mayor cantidad de trabajos escolares (que son sólo de tres y media a cuatro horas diarias), sino con las labores de interés público: frecuentación de varios círculos, preparación para concursos y festejos, ejercicios y etc. Todas estas obligaciones impuestas a la infancia resultan ser las más responsables del rápido declinar de su salud y fortaleza."

Declaremos que aquí se trata de una niñez que disfruta de ciertos privilegios. Existen otras clases de niños, que comprenderá esos 300.000 que menta Lunacharsky, quien abiertamente proclamó que en todas las regiones del país abundan verdaderas hordas de chicos, sin padres, que aumentan la miseria en las ciudades y constituyen una seria amenaza para el orden social."

Ya la citada *Pravda*, 22 de junio de este mismo año, informaba que sólo en el norte del Cáucaso había 444.470 huérfanos. El corresponsal de esta publicación, investigando en las provincias de Sara-

En el 20 de Octubre del año 2873:



La calavera del que fué condenado el 20 de Octubre de 1925, bailando de contenta al sentirse libre en el año 2873, de la condena impuesta por los jueces de la España chulapona...

to, pudo encontrar 27.000 niños sin techo. En un Refugio Público había 800 chicos demacrados, semidesnudos, apilados en una sola habitación con capacidad para 300. Entre ellos halló: 354 casos de tracoma; 19 casos venéreos y 62 con enfermedades de la piel.

Durante estos últimos cinco años, fueron procesados 50.000 muchachos por haber cometido diversos crímenes. De estos, el 19 por ciento pertenecía a las clases proletarias.

Se nos objetará que si idénticas indagaciones se realizaran en la mayoría de los Estados burgueses, arrojarían parecidos o iguales resultados. En Londres, en Berlín y aquí en Buenos Aires puede hacer estragos la miseria, las enfermedades, la explotación, mas no se exhibirán ni se hallarán tan al descubierto como en Rusia. Este será el probable razonamiento de un comunista autoritario.

¿El ejemplo hemos de buscarlo tan bajo y tan denigrante para quien busca escudarse en la maldad ajena, con el prurito de disminuir en un adarme la suya? Es como el criminal que mató sino a un hombre, y se compara a otro que asesinara a tres, a fin de parecer ante sus propios ojos menos culpable. Lo peor que puede hacer un hombre o una colectividad es engañarse a sabiendas.

Ha de ser ineludible para todos la palpación de la verdad a los cuatro vientos. De este modo la lección grandiosa que Rusia le está dando al mundo podrá más rápidamente influir en los destinos de la humanidad.

Patriotismo de los ricos

Del glorificado, banquetado y prematuro triunfador Primo de Rivera, se puede decir que se olvidó el cerebro en la casa de su médico de cabecera. Para escribir como él escribe; para hacer de general como él lo hace, quien convierte las derrotas en victorias por arte y parte de los corresponsales bien pagados; y ser dictador de su catadura y porte, nos parece que poca falta le hace esta viscera. Y por más que la tuviera, dá lo mismo. Por todas sus obras, acciones y palabras nos convence que precisamente no hay modo

AL OÍDO

ni medio de ponerlo en función de pensar. Se halla sumido en una atonía mental, que en cierta manera le favorece, como al asno que el hecho de rebuznar es para él lo más natural del mundo. Primo también no se oye, ni tampoco tiene conciencia de sus rebuznos. De poseer ese insignificante ingrediente de la duda, del temor y del remordimiento, dejaría de ser lo que es, para convertirse en una criatura totalmente diferente. Es, pues, de una irremediable sordera intelectual; representante y arquetipo del militarismo; donde se vale sólo por el hocio y la garra.

Sería trabajo explicarse en virtud de cuáles circunstancias, determinadas antes han podido adquirir preponderancia y ascendencia en ciertos y penosos momentos de la historia. No deben ser fenómenos aislados, horros de toda concomitancia con el ambiente, de donde hubieron de surgir. Nuestra corta comprensión reconocerá como fuerzas inmanentes la infinita maldad y la bondad infinita; pero la ilimitada estupidez, siendo también un producto natural, es para nosotros algo negativo, fuerte, estático, que rotará a la ventura y, en un instante dado, se caerá por su propio peso. Spinoza — creemos — consideraba a través del lente de su filosofa el mal y el bien, la virtud y el vicio, como fenómenos tan naturales y espontáneos como lo son el vitriolo y el cristal de roca. Es que los dictadoruelos de su calafía, nada son: ni malos ni buenos, son simples imbeciles engreídos, quienes por azares de la fortuna o nacimiento llegaron a encumbrarse. ¿Qué sabio, en un futuro cercano, hará la disección de estos aventureros que sólo vivieron de cintura para abajo? Sería todo un capítulo de morbosismo social.

La correspondencia intercambiada entre Cambó y el generalote, evidenció más que nunca esa incapacidad de abstracción, de excogitar y discurrir con sensatez por parte del chilapo sevillano.

No han transcurrido seis meses desde que, por indicaciones de Lloyd George, Primo de Rivera decidía que las fuerzas españolas en Africa se retiraran en dirección a la costa; y ahora, después de efímeras victorias pirrianas, diezmadoras del ejército, cambia de opinión, afirmando la imposibilidad por parte del gobierno español de abandonar las posiciones de Marruecos. No discutiremos si hay o no contradicción en estos descabellados proceder de un general de casillo. Sólo nos importa poner en claro que por esos dislates, desplantes de heroísmo barato y chirinadas de payaso en *reluche*, se está sacrificando absurdamente la parte más sana de la población española, la que piensa y trabaja, y por supuesto, la más menesterosa e indigente. No es el clero, ni la aristocracia, ni la alta milicia las clases sacrificadas que, en cambio de padecer, engordan por cada manzana de soldados españoles en el Rif.

Un infeliz, un imbecil engreído como Primo, decreta la sangría eterna de una raza, y el hecho debe consumarse contra todas las razones de cordura y hasta de elemental lógica. Si se dice que los pueblos tienen los mandatarios y los gobiernos que se merecen, esta vez ya rebasa la medida al identificar la sandez inacabable del compinche de Alfonso con todo el pueblo español. Es imposible que todos en la península se hayan repentinamente convertido al riverismo — sinónimo de sordera mental, — pero Cambó está en camino de llegar a ello en su ambición de trepar al tablado político. Es que está en juego la monarquía, la aristocracia y el clero. Si el problema de Marruecos se zanjase definitivamente, ¿con qué entretendría la atención pública, cómo anestesiaría a los pocos que piensan y sienten y son capaces de un gesto de rebelión?

Para la mejor conservación de sus prerrogativas, de sus monstruosos privilegios, de sus cuantiosos bienes, ¿que les importa que se gaste cada día por el infierno marroquí un millón de pesetas y, lo más de sentirse, que, en promedio diario, mueran cincuenta juventudes, que les importa a ellos todo ese chorro de sangre y oro?...

Es el patriotismo de los ricos, que difiere violentamente del de los pobres; para éstos la patria sólo significa la esclavitud del salario y del carnal.

Vengamos a cuentas. Hablemos unos momentos entre nosotros, al oído, con palabras sinceras, como se habla entre amigos o entre hermanos. Las amonestaciones y las indicaciones que parten de lo alto de una tribuna oratoria o periodística, tienen algo de abstracto que no siempre nos hacen sentir los deberes de la responsabilidad personal. Y es preciso que de tanto en tanto sea recordado a los camaradas que un movimiento social revolucionario no se forma con la pasividad de los miembros que lo integran. Es preciso que cada cual dé, según sus posibilidades, su contribución de esfuerzo a la causa común; sin esa condición, todo movimiento social pierde su carácter efectivo y sobre todo sofoca con una mano las reivindicaciones libertadoras que enarbola con la otra.

Si, vengamos a cuentas. Pongamos en un platillo de la balanza los que suponemos nuestros derechos en tanto que miembros de una colectividad revolucionaria y en el otro los que deben ser nuestros deberes. Y luego, al oído, confesémosnos cordialmente la verdad y tengamos el valor para constatar hacia qué lado se inclina el fiel de la balanza. Teniendo presente que el valor de nuestras convicciones se expresa por la superación de los deberes que implica, mucho más que por la reclamación de los derechos que otorga.

Vamos: Pretendes formar parte del movimiento anarquista. Sabes que la integración de ese movimiento es la obra libre de la voluntad de todo el que comprende la injusticia del régimen presente y la necesidad de su saneamiento por medio de la libertad. En nuestro movimiento no se imponen los ritos ridiculos de las organizaciones políticas, ni siquiera se te pregunta el nombre que tienes. Nuestra forma es: A la libertad por la libertad, y a ningún precio quisiéramos lesionar ese postulado básico. En cualquier otro ambiente se manda y se obedece, entre nosotros ni se obedece ni se manda. El anarquista no reconoce ni dios ni amo y obra según su conciencia, libre de extrañas imposiciones. Y el hecho de que a pesar de todos los obstáculos el movimiento anarquista haya realizado continuos progresos, es ya una demostración de que el libre acuerdo y la autonomía del individuo pueden perfectamente ser un día base e inspiración de todo el edificio social. Estamos de acuerdo.

Pero si es verdad que repugnaría a tus sentimientos y a tus ideas la tolerancia de un sistema de disciplina que te convirtiera en marioneta de un jefe o de un comité director, eso no quiere decir que el movimiento anarquista pueda existir sin tu cooperación activa. La diferencia está en que el miembro de un partido político o de otra agrupación cualquiera, abdica y enajena su voluntad, mientras que en el movimiento anarquista el individuo conserva íntegra su libertad. Pero esa libertad sería mal entendida si no fuera acompañada de un sentimiento de responsabilidad personal. La anarquía es el orden, la armonía de las fuerzas sociales, y esa armonía no surge por generación espontánea, sino que es fruto de la voluntad humana, un acuerdo libre entre hermanos. Si, recha za con todas tus fuerzas toda imposición,

toda palabra de mando; eso no está reñido con el deber de cooperar que te impones tí mismo y con el sentimiento de responsabilidad que nace precisamente de tu libertad. La anarquía no sólo es desobediencia a la voz de mando de alguien que se sitúa en un plano superior a nosotros, la anarquía es también concierto de voluntades para una vida social libre.

Y ahora, dime: Te dices anarquista. Cuando nos saludamos, aceptas la palabra *compañero*, es decir, hermano. ¿Cómo justificas tu anarquismo? ¿De qué manera lo expresas? Porque no es posible creer que defendas la peregrina teoría de un anarquismo para tí sólo, sin necesidad alguna de manifestarse al exterior, en tus actos individuales o colectivos. Si no obras como piensas, no piensas completamente.

Entre el puritanismo y la moral hay un buen trecho. Nosotros no somos puritanos, pero tenemos sin embargo, la pretensión de estar moralmente a un nivel superior al de la gran mayoría de nuestros contemporáneos. El movimiento anarquista como factor moral de elevación debe constituir una fuerza generalmente reconocida y respetada; todo el que atente contra ese carácter de nuestro movimiento, atenta contra el movimiento mismo. ¿No se nos ocurre a nosotros mismos sentir respeto y admiración por un hombre ideológicamente adversario nuestro, pero cuya vida moral revela una personalidad íntegra, un corazón humano, una conducta ejemplar? Un anarquista que no sepa hacerse respetar en privado por sus cualidades morales, no es un buen anarquista. Y más lo es aún el que contradice con sus actos la esencia de las ideas que supone profesar. Dejemos a un lado los extremos de los que pegan a la mujer, maltratan los hijos, se emborrachan y dan diariamente una nota pública de escándalos; esos son hechos que no tienen defensa y que son generalmente censurados. Tenemos toda la vida privada del individuo, manifestada en los mil detalles de cada instante y que constituye lo que llamamos el carácter de un hombre, dándole una nota de amplitud de espíritu o de mezquindad, de independencia o de raquitismo; esa vida privada que inspira confianza y simpatía o repulsión en el medio en que se desenvuelve y que, para nosotros, es como la piedra angular de nuestro movimiento. ¡Algunas veces tropezamos con hombres sinceros, buenos, justicieros por instinto, solidarios por naturaleza! Los sabemos incapaces de una mala acción. No obstante, no sabe nada de nuestras ideas ni parecen interesarse por las cuestiones políticas y sociales. Eso no impide que aspiremos a su amistad y los apreciemos cordialmente. Aquí se trata de gentes afines moralmente, y esa afinidad es tan vigorosa como la que pueda establecerse por la comunidad de ideas. Y es tan digna de fortificarse y de cultivarse como ésta. El hombre recto, justo, bueno, solidario en su vida privada, en el ambiente de sus relaciones cotidianas, podrá pensar como quiera, pero es un elemento afín, es una piedra angular para la anarquía.

Tú, compañero, ¿qué nota dejas en tu familia, en tus vecinos, en tus camara-

das de trabajo? ¿Honras con tus actos las ideas que dices profesar o lanzas una mancha de descrédito sobre ellas? ¿Estás seguro que el ejemplo de tu vida puede hacer nacer en alguno de los que te conocen y te tratan un sentimiento de simpatía hacia el anarquismo?

No se trata aquí de descalificaciones, ni de sermones dominicales. Hablamos entre nosotros, en voz baja, y puedes responder sinceramente o guardarte la respuesta. Pero al menos reconoce que si como hombre privado no eres digno de respeto, no tienes derecho tampoco a serlo como supuesto miembro de la colectividad anarquista.

Allá tú si no das un ejemplo honroso para el anarquismo en el ejemplo de tu vida cotidiana privada. ¿Cómo obras en tu vida pública? ¿De qué manera haces saber al ambiente social en que actúas como miembro voluntario del movimiento anarquista, el carácter de tus convicciones? ¿Hablas en las tribunas, escribes en los periódicos, organizas en sindicatos de resistencia a tus compañeros de explotación? ¿Qué haces?

Si efectivamente has llegado a la coacción del valor de la libertad como única fuerza regeneradora y creadora en la vida social, ¿de qué manera manifiestas tu adhesión a esa idea? Dices que perteneces a tal sindicato. Muy bien. ¿Que pagas las cotizaciones? Perfectamente; ya con eso demuestras un poco más de responsabilidad que el que ni siquiera las paga. Pero no es bastante. Un movimiento, según la misma palabra lo dice, no está hecho de pasividades. Pagar las cuotas a tu organización es bueno, pero no basta para sentirse uno moralmente satisfecho, como después de haber cumplido un alto deber. Es preciso esperar de tí, si quieres ser consecuente, no sólo el pago de las cotizaciones al sindicato, sino también tu participación activa en la vida revolucionaria, tu contribución al movimiento. Si todos pagaran las cuotas y supusieran haber llegado al término de sus fuerzas o de sus aspiraciones, ¿qué sucedería? Ante todo la degeneración del principio fundamental de nuestro movimiento. El miembro pasivo tiene su puesto en el partido político donde existen masas dirigidas y jefes dirigentes. Entre nosotros no queremos ni ser dirigidos ni ser dirigidos y, so pena de que queramos la muerte del movimiento, debemos convenir en la necesidad de nuestra actividad personal. La vida de un sindicato no se reduce sólo a sostener un local y a nombrar una comisión; debe ser un foco de propaganda y de agitación, una escuela donde todos puedan enseñar y aprender, un instrumento de acción contra el mal y la mentira. A condición, claro está, de que no se entienda por actividades del sindicato únicamente las de su comisión administrativa, lo que ocurre fatalmente cuando los miembros se contentan con pagar las cuotas y no llevan más allá la demostración de su amor a la causa.

Examina tu pasado, penetra en el fondo de tu conciencia. ¿Crees hacer bastante por la anarquía con ser miembro pasivo de un sindicato que otros fundaron y otros administran? ¿Tienes en tu haber revolucionario algo que justifique tu adhesión al anarquismo? ¿Has llevado al corazón de algún otro explotado la convicción que dices poseer?

Contéstate a tí mismo. Pero no olvides que tu adhesión al anarquismo es estéril, es infecunda, es inútil, si en el curso de tu vida no has logrado encender en

el cerebro y en el corazón de un semejante la pasión de la libertad y de la justicia

¿Que recibes la prensa anarquista? ¿Que la pagas puntualmente? Es ya algo. Hay muchos que la reciben y no la pagan, contribuyendo de ese modo más eficazmente que la reacción a imposibilitar nuestra propaganda escrita. Pero no basta recibir y pagar la prensa anarquista, sino que tienes el deber moral de hacer de ella el instrumento de elevación intelectual y un medio de propaganda al alcance de todos. Desde hace cinco, diez, quince años frecuentas nuestro ambiente revolucionario. Dime, en el transcurso de esos años, ¿has encontrado un nuevo lector para nuestra prensa? ¿has conseguido introducir la buena semilla en un solo coto cerrado? ¿Has contribuido a liberar de los prejuicios de la esclavitud y de la educación recibida una sola conciencia? ¿Qué clase de anarquista eres que no sientes absolutamente ninguna necesidad de comunicar tus ideas a nadie, de ganar a alguien para la causa que dices justa y digna?

Desenvolvimiento de la libertad en el mundo

Estudio inédito escrito por Eliseo Reclús a los 20 años

(Continuación)

Por su parte Inglaterra, vencida por los Romanos y convertida al Cristianismo, se desarrolló rápidamente pero de una manera exclusivamente inglesa. Circundada totalmente por el mar inmenso, los ingleses han creído formar como una nueva especie humana; no puede haber patria para ellos si no recubierta por las nieblas del Támesis y del Humbert, si el sol no es escondido por un velo de bruma sucia y negra. En su corazón el amor a la patria es al mismo tiempo odio al extranjero.

En esto sobre todo su revolución se distingue de la francesa, aunque ambas hayan comenzado con la muerte de un rey y hayan terminado con un tirano, protector en Inglaterra, emperador en Francia. Por lo demás, su revolución era en gran parte una vana disputa de dogmas entre algunos presbiterianos fanáticos y anglicanos rígidos, disputa que hubiera sido mejor se resolviese en las bancas de un capitulo que en luchas sangrientas en el campo de batalla o en el patíbulo. ¡Cuán diferente fué nuestra bella Revolución francesa, que no se basaba en los derechos del francés únicamente, sino en los del hombre, y que no quiso tregua ni reposo hasta no haber dado la vuelta al mundo! La Revolución inglesa estaba en plena contradicción consigo misma, por el carácter exclusivo de su idea de libertad.

Además los ingleses sostienen en el más alto grado el respeto a la ley, respeto que casi siempre es alabado en ellos como una cualidad rara. Al contrario, habría que vituperarlo. Como todas las cosas humanas, las leyes deben comparecer ante el Tribunal de nuestra conciencia y no debemos someternos a ellas más que cuando estén en armonía perfecta con la ley moral que reside en nosotros. Si están en desacuerdo con la justicia eterna, es preciso desobedecerlas. Es triste ver a un pueblo altivo y noble como Inglaterra basarse, cuando se trata de la libertad, no en el derecho inmutable, sino en una vieja Carta de antigua data; es triste verlo inclinarse aún ante todas las viejas costumbres del pasado, costumbres monstruosas y bárbaras perpetuadas a través de los siglos. El respeto a la ley es una vileza moral.

Los ingleses no saben negar; se desarrollan, es cierto, pero más bien de consecuencia en consecuencia que de negación en negación.

Inglaterra, decía Guizot en su juventud, es un águila de alas plegadas, que

Quédate con la respuesta, compañero. Nadie tiene derecho a ser juez de tus actos. ¡Haz lo que quieras! Si crees que demuestras con la pasividad y la pereza tu amor a la anarquía, sé pasivo y pereoso. Pero si convienes en cambio que la salud de nuestro movimiento depende del esfuerzo de cada uno, si tienes la convicción que la difusión de nuestras ideas y el acrecentamiento de nuestras fuerzas debe ser obra común y no fruto de la propaganda casi profesional de algunos camaradas mejor dotados que tú para la tribuna o la prensa o para la acción abnegada, si estás de acuerdo en que un movimiento no se compone de pasividad, sino de voluntades en tensión, en una palabra, si crees que la anarquía no es el desorden, sino el concierto y la armonía en el trabajo y en la vida total, entonces, compañero, amigo, hermano, trabaja; ¡convértete en un proselitista celoso y que cada mes, cada año, al hacer el balance de tus acciones, puedas hallar la satisfacción de no haber vivido en vano!

D. Abad de Santillán

edifica, repara y embellece su nido pero se olvida de emprender el vuelo hacia las regiones del sol. Y sin embargo el gran día vendrá también para ella, día terrible y tétrico, porque las venganzas se acumulan desde mucho tiempo.

Los franceses debemos quizá el privilegio de la iniciativa a la afortunada mescolanza de las razas que han venido a fundirse en nuestro suelo nativo. En Francia han chocado y se unieron los Galos batalladores, los Francos de alma intrépida, los Godos inteligentes, los Unos de hierro, los Romanos de bronce, los Arabes de fuego. Todos estos pueblos, después de haberse encontrado en nuestras campañas, se unieron en conjunto; y nosotros descendemos de ellos. — nosotros los portabandera del porvenir!

Y como somos hijos de todas estas naciones, hemos heredado este nuestro instinto de sociabilidad que nos lleva a irradiar en torno a nosotros. Antes del siglo XIX en que vivimos, para que una ilustración extranjera se volviere europea tenía que pasar por Francia; y hoy parten de Francia todas estas ideas nuevas, cuyo solo presentimiento hace temblar al viejo mundo.

En cuanto a los Alemanes, marchan lentamente, pero llegarán. No tienen los modos vivaces y brillantes de los meridionales; no se remontan, como nosotros, de los hechos a sus causas, pero descendiendo de sus teorías filosóficas para ver la aplicación en los hechos, comprueban que estos hechos y la justicia están en contradicción permanente. Los vemos ahora, ya en la arena de las Revoluciones, intentar a la vez la Revolución de los franceses de 1792 y nuestra Revolución Social, que esperamos todavía. Si no nos apresuramos a cumplir nuestra obra, ellos nos precederán en el camino del porvenir.

Todos saben la historia de la Revolución francesa, que empezó en 1789 y ha continuado hasta nuestros días a través de muchas peripecias y dramas sangrientos. El orden antiguo fué violentamente abolido; la voluntad de uno solo debió ceder el puesto a la voluntad de todos. Los lazos de la religión oficial fueron rotos, los prebostazgos y superintendencias fueron substituídos por la libre concurrencia, que no es, después de todo, más que la libertad del monopolio, pero que ha puesto la suerte y el acaso en el lugar del despotismo. Fué el triunfo de la burguesía.

Sabemos de qué modo esta burguesía contribuyó a la caída de Napoleón, que no le dejaba un instante de reposo. Reacción despótica contra la libertad y per-

sonificación del pueblo al mismo tiempo, el Emperador cayó bajo los golpes de los burgueses y de los cosacos unidos en interés del comercio y de la Santa Alianza. Celosa de los privilegios adquiridos, la aristocracia financiera hizo a continuación, por más de quince años, una oposición furibunda a los nobles y a los curas que trataban de reconquistar sus antiguos derechos; y al fin consiguió tener al pueblo de su parte, y la Revolución de julio estalló un buen día, no en beneficio del pueblo que la había hecho, sino del rico que se había escondido durante el combate.

La Revolución de julio, como sabemos, conservó en sus banderas la palabra "libertad", en su constitución embustera la palabra "igualdad", pero no encontró enseña alguna ni ningún altar donde grabar la palabra "fraternidad". Sin cuidar absolutamente de los deberes, aquella era de egoísmo sólo apeló a los derechos, sabiendo bien que sin el deber tampoco puede regir el derecho.

Fué entonces cuando refugió en todo su esplendor la monarquía constitucional, especie de balancín político, sobre el cual tres poderes saltimbanquis hacían juntos sus juegos de equilibrio. Es una especie de eclecticismo político, tan absurdo como el eclecticismo filosófico, y tan transitorio y absurdo, porque el principio electivo y la Soberanía se encuentran en guerra abierta. La caída de las Monarquías de 1815 y de 1830 ha sido una consecuencia del principio electivo; y por obra del principio electivo cayeron todas ellas, aún cuando, como en Inglaterra, los tres poderes fuesen al mismo tiempo los representantes de la Aristocracia. No hay término medio entre el Pueblo y el César; o el Estado cae en las manos de uno solo, o todos toman parte en el gobierno de todos. Si no se quiere la soberanía del pueblo, ábranse de par en par las puertas de la república a Nicolás de Rusia!

Por lo demás, la cuestión ya ha sido decidida: la monarquía constitucional está muerta; pluguiera a Dios que nuestras vergüenzas y nuestros dolores hubiesen muerto con ella! Pluguiera a Dios que la burguesía, que ha reinado bajo el nombre de Luis Felipe, hubiese terminado con él su reino! Durante 18 años la hemos visto en los gabinetes reales y bajo las arcadas de la Bolsa; hemos visto durante 18 años a sus corifeos invitar a los reyes extranjeros a escupir en la bandera francesa, a condición que se les diese un poco de tranquilidad y se dejase a sus mercaderías atravesar libremente los mares! Cuando nuestros soldados olvidaban los caminos de la frontera, los vimos con dolor aprender el camino de las calles ciudadanas, en las cuales a menudo hemos oído el crepitar de los fusiles y el hipo de los agonizantes culpables de haber tenido hambre. Hemos visto y vemos aún a los ricos aplastar a los pobres bajo sus riquezas; los hemos visto y los vemos aún nutrirse todos los días con el pan de los miserables, con un pan mojado en lágrimas y sangre.

Durante 18 años un viento vengativo de interés y de egoísmo ha soplado sobre Francia; y al fin ha venido la Revolución del desprecio, el trono ha desaparecido y los Burgueses se han puesto una vez más a celebrar la magnanimidad del pueblo, de este pueblo magnánimo que habría sido fusilado en caso de derrota.

IV

Pero el pueblo había vencido. Los cañones de bronce y los soldados de largas bayonetas recularon ante un puñado de hombres pálidos por el hambre y lacerados por la miseria. En vano los fusiles regios buscaban los pechos, que cada asaltante precedía de una ola de asaltantes y de cada ventana caía una piedra. ¡Oh! fué un hermoso día aquel en que millares de combatientes, orgullosos de haber pagado la victoria con sus heridas, desplegaron al viento un estandarte desgarrado, o escoltaban piadosamente el cadáver de un hermano, llorando a la vez con lágrimas de dolor y de entusiasmo. Fué un hermoso día aquel en que se vió a un Rey, que se jactaba una vez más de hacer arrestar a los agitadores, palidecer y refugiarse en un sórdido sótano de su espléndido castillo.

¡Con qué alegría nosotros los de la provincia nos enterábamos al mismo tiempo de la lucha y de la victoria! Los viejos sobrevivientes de 1789 hallaron al-

gunas lágrimas de placer en sus ojos apagados; los mártires de la República fueron felices de ser libres y más felices por saber libre a Francia. Europa fué sacudida hasta los cimientos. Aquel día grandes esperanzas nacieron en los corazones, esperanzas vanas, pero que se cambiaron en angustias para los que las hicieron nacer. Suceda lo que suceda, todas las reformas se obtendrán, políticas, sociales, económicas.

Todas las reformas se corresponden y se prosiguen simultáneamente en el curso de los siglos. Sería fácil probar históricamente que el paganismo de los mil Dioses extraños unos a otros, se alia necesariamente con la ciudadanía exclusiva de las repúblicas antiguas, con la esclavitud de las naciones vencidas; así como el catolicismo corresponde en el orden político al feudalismo, en el orden social a la servidumbre. Por lo demás no hay necesidad de pruebas para saber que cuando un principio domina se hace sentir en todas partes y que una libertad llama a todas las otras libertades. Así nosotros estamos firmemente persuadidos que la verdadera soberanía de todos, el verdadero socialismo, el verdadero cristianismo no alcanzarán sino juntos su ideal, porque todas las esclavitudes se sostienen recíprocamente y el hombre no estará realmente emancipado del error. La verdad nos hará libres.

No queremos discutir aquí todos los acontecimientos que se han sucedido en Francia y en el exterior después de la Revolución de 1848; esa sería la tarea del historiador. La tarea del crítico es, en cambio, deducir las consecuencias de los principios dados. Así, pues, nosotros nos limitaremos a constatar el fin político, el fin social y el fin religioso del gran cambio que se ha cumplido.

Nuestro fin político no es un secreto para nadie; es, después del ideal religioso, por el que sobre todo se ha combatido. No nos detendremos en nuestra lucha incesante más que cuando hayamos alcanzado la liberación completa de todos los hombres. No basta, entonces, emancipar a cada nación en particular de la tutela de sus reyes, es preciso también librarla de la supremacía de las otras naciones, es preciso abolir estos límites y estas fronteras que hacen enemigos a la fuerza a hombres que simpatizan entre sí. A nosotros nos está reservada la espléndida gloria de arrancar todas estas impías barreras y bautizar los ríos y los montes que separan las patrias con el nombre de la patria universal.

Nuestro grito de reunión no es ya ¡viva la República! La república es ya un hecho casi cumplido, puesto que hace sesenta años que la proclamamos; nuestro grito es: viva la República universal — esa república futura, en la que los Griegos tendrán los mismos derechos que los Franceses, en la que el Samoyedo hablará en la misma asamblea que el Parisense. ¿No veis vosotros que ya los odios nacionales se borran y que los hombres son designados más por sus opiniones que por su patria? En el mundo ya no hay más que hombres del porvenir y hombres del pasado; y cada uno de estos dos inmensos partidos forma una confederación gigantesca que se extiende en todos los países sin distinción de raza ni de lengua.

Nosotros los demócratas estamos unidos en el corazón, no con vosotros, franceses egoístas que negociáis la carne del pueblo y regateáis con avaricia los escudos que os sirven para pagar la sangre de la vida; no con vosotros, Franceses blasfonados que tanto anheláis el retorno del siglo en que los aldeanos no éramos más que la salvajina del noble; pero con vosotros estamos unidos en el corazón, bravos Ungaros que habeis sembrado los cadáveres de cuatro ejércitos enemigos por los pasos de vuestras montañas; con vosotros, bellos Italianos que rasgáis el hábito del cura con que había estado envuelto el cuerpo traspasado por las bayonetas; con vosotros, proscripciones de todos los pueblos, oprimidos de todas las naciones, miserables de todos los climas, con vosotros contra vuestros opresores Alemanes, contra vuestros opresores Franceses. Nosotros venceremos a todos estos tiranos formados en líneas cerradas, y cuando los hayamos herido de muerte estrecharemos vuestras manos fraternas y fundaremos la República de los hombres.

(Concluirá)

RAFAEL DE URBINO---SU REHABILITACION (1)

Hasta la mitad del siglo XIX la gloria de Rafael tuvo su apogeo en un culto universal. Al entusiasmo popular se añadía el de los artistas y gentes tan diversos como Rubens, Poussin, Rembrandt, Ingres, Delacroix, quienes dejaron entre ellos testimonios fehacientes de una rara unanimidad, sin ejemplo en la historia del arte.

Contemplando su autorretrato y todo lo que se sabe acerca de su persona, causa estupor que una criatura de compleción tan endeble — un antropólogo estudiando las dimensiones de su cráneo, dice Reinach, lo tomó por el de una mujer— pudiese llevar a cabo o dirigir, en tan breve tiempo, la enormidad de trabajo que llena su carrera. Respecto a él, la palabra genio se desea acompañarla con una gracia frívola y de mero efectismo.



RAFAEL SANZIO — "Escuela de Atenas" (Vaticano).

cuista una fortuna; asimismo tuvo que reclamar el precio de trabajos obtenidos penosamente, atraerse celos y envidias recalcadas. Ni por ello, en su ánimo, se refugió la amargura, y si acogió el triunfo con evidente satisfacción lo aprovechó para elevarse todavía más en su arte.

Rafael nació en Urbino, en 1483. Su padre, Giovanni (Juan) Santi, negociante, ocupando una holgada posición, bastante culto, hacía versos, escribía y pintaba un poco y a ratos perdidos. En él se podrá ver un alicorador de nuestros pintores dominicales. Dejó maionas y algunas sacras familias que fueron consideradas mediocres y para las

cuales su hijo, sin duda, posó como bambino. Murió en 1491. Uno de sus hermanos se hizo cargo de Rafael. Hay quienes aseveran que encontró en su progenitor un excelente profesor; otros pretenden que no le proporcionó ni siquiera los elementos primordiales para su aprendizaje en el arte. Se carece absolutamente de información acerca de las ocupaciones del joven pintor desde la muerte de su padre, fecha capital de su formación. En ese año mismo, Timoteo Vittti, jefe del estudio del Francia, en Bolonia, se instala en Urbino y se convierte en el verdadero maestro de Rafael. Con la valiosa enseñanza de Francia que aportaba Vittti y la lejana Venecia, pudo descubrirse a sí mismo. Desde entonces data su predilección por las formas redondas y los arabescos, tan poco parecido a la escuela de Umbría. Más tarde, en Roma, Sebastiano del Piombo le iniciará en la magia del color de los venecianos, y quizá esa será la única vez que no supo aprovechar plenamente de una valiosa enseñanza venida del extranjero.

A la edad de 16 años pinta el "Sueño de un caballero" (Londres). Ese pequeño cuadro ha sido siempre tan apreciado por el historiador como por el aficionado. Por lo pronto, puede serlo por su encanto, más de Umbría que de la escuela del Perugino, y además por la primicia de su personalidad; y enseguida por su significación; el asunto fué extraído de un simbolismo feliz del medioevo; el paisaje, con su diminuta ciudad, se enlaza a los primitivos, aunque las tres figuras, a pesar de la temprana experiencia del pintor, continúan, si no la sobrepasan, la fórmula del Francia, un gran pintor, asimismo. Este primer enriquecimiento del ajeno motivo, esta primera prueba la renovará varias veces durante el curso de su carrera pictórica y cada vez con más felices resultados. Es solamente en el año siguiente (1500), que entrará en el estudio del Perugino, en Perugia. Ya no era más un discípulo, pero comprendió que todavía le quedaba por aprender mucho. Y supo de tal mo-

de aire. Fué este, al mismo tiempo, un adiós al pasado, como era un saludo al porvenir. El tema es aún tomado del medioevo, tratado en comedia. Mas la nobleza, la serenidad, la belleza de forma de que está impregnado, demuestra cómo sabía renovar un sujeto tradicional, rafaelizándolo, si se puede decir así, fenómeno que ha de reproducirse en sus obras ulteriores, sacras y profanas. Contento de su trabajo, hubo de ser la primera vez que pusiera su firma: "Raphael Urbinas 1504".

Tras de este Sposaltio decidió partir para Florencia, donde permaneció desde 1505 hasta 1508. Halla en esa ciudad un arte completamente opuesto al que él conociera, un arte sobre el cual el mismo misticismo era razonado. La efusión cara a los umbrianos no le bastó ya, y agotados sus recursos y conocimientos apurados en otras fuentes, ofreciéndosele nuevos medios a su ambición, no tardó mucho en apropiárselos. Sin duda ni vacilación alguna reanudó en seguida su trabajo con más encarnizamiento, instruyéndose en la escuela de Leonardo da Vinci, de Fray Bartolomeo y de Miguel Angel. "De maestro que ya era, se convierte otra vez en discípulo". — escribe Vasari. Estas variadas influencias se revelan en numerosas obras de esa época. En el deseo de igualarse, de repetirse en otros, nada hizo por disimularlo, seguro, sin duda alguna, que esa misma labor redundaría en su propia gloria.

Por otra parte es en Florencia que comienza una serie de madonas incomparables. Entonces, mostrándose tan infidente, cuando se trataba de enriquecer su arte con todas las probabilidades del gran arte, en esa labor es donde manifiesta lo inagotable de su personalidad. No sólo sobrepasa a sus precursores en esa modalidad, sino que renueva los asuntos, los diversifica con numerosos temas, sea aumentando el número de los personajes, sea buscando otros tipos de composición. Cada vez que repite estos temas los enriquece hasta llevarlos a la perfección. Estas vírgenes repartidas en todos los museos del mundo contribuyeron a su popularidad, y siguieron luego contribuyendo. Al período florentino se relaciona la Virgen de Munich y otras más que no enumeraremos por no cansar al lector.

Al abandonar Florencia para trasladarse a Roma (1508), Rafael se halla en plena posesión de sus medios para expresarse incomparablemente, a los cuales contribuyeron los más grandes artistas de ese tiempo: eran precisamente los máximos resultados de ellos en su plena floración. Es innegable que cada uno de esos maestros le era superior en el orden de sus cualidades propias; pero casi nadie como él supo armonizar cualidades tan diversas, ni tampoco sintetizar y resumir tan bien y con una gracia imperiosa, varios siglos de esfuerzo y de aspiración. Roma al fin le proporcionó la feliz oportunidad de la completa eclosión de su genio y con el gran poder de asimilación, no titubeaba de tomarle a Bramante los elementos de una composición monumental, con un gesto tan airoso y simple que resultará simpático si se considera la enorme tarea a la que habrá de abocarse. Julio II, en efecto, licenció toda una escuadrilla de pintores, entre los cuales había maestros como Perugino, Sodoma, Lotto, para confiarle las decoraciones de sus estancias. Hasta ese momento, Rafael no tuvo tiempo ni ocasión de abordar el afresco. Asimismo no se intimidaba ni experimentó la menor desconfianza hacia sus fuerzas. El resultado de su tranquila audacia son las composiciones universalmente admiradas "La Escuela de Atenas", "El Parnaso", "Atila detenido por el Papa León" y etc. Ello sin contar los grupos ni las figuras alegóricas aisladas. Más tarde, bajo León X, decoraba trece cúpulas con cincuenta y dos asuntos que son conocidos por la Biblia de Rafael.

A este período de Roma se refiere también la "Historia de Psiquis y el triunfo de Galatea", la Fornarina, varias composiciones y retratos maravillosos. Sería innecesario observar que Rafael no pudo ejecutar él solo una obra tan vasta y considerable. Para algunos, fuera de los cartones, que eran los bocetos, su participación en las otras labores fué mínima y casi nula. Al respecto hay que oponer cierta reserva a esta versión, desvirtuada por otros hechos. Además, todo lo que compone y todos los trabajos de decoracion, llevan el sello inconfundible de su personalidad. A esa tarea aplastadora se superponía la ejecución de dibujos para tapices, numerosos planos de arquitectura, proyectos de escultura, sonetos, y la carga todavía más pesada que eran las investigaciones arqueológicas en la antigua Roma. Como si todo esto no fuera bastante, algunos quisieron añadir los excesos de disipación como una de las principales causas que le hicieron sucumbir en plena producción juvenil. Se basan pa-

ción, llevan el sello inconfundible de su personalidad. A esa tarea aplastadora se superponía la ejecución de dibujos para tapices, numerosos planos de arquitectura, proyectos de escultura, sonetos, y la carga todavía más pesada que eran las investigaciones arqueológicas en la antigua Roma. Como si todo esto no fuera bastante, algunos quisieron añadir los excesos de disipación como una de las principales causas que le hicieron sucumbir en plena producción juvenil. Se basan pa-



RAFAEL SANZIO — La Fornarina. (Palacio Barberi)

ra ello en una afirmación de Vasari, asaz contestada. ¿Es por presentarlo en una pose más heroica y romántica que se hace retroceder tan lejos los límites de la fuerza humana?

Murió el 6 de abril a la edad de 37 años, dejando inconcluida una de sus más bellas composiciones, que hubo de terminar Julio Román. Su obra, de una vitalidad poderosa por su inspiración, tributaria de lo que tenía de máspreciado y grande lo antiguo o lo moderno de aquella época, había de infundirle nuevos alientos a la estética, suscitando escuelas duraderas y proficuas en una floración de óptimas obras.

Pocas o ninguna como la escuela francesa hubo de serle más denegada a la esencia rafaelica, a través del genio de Poussin, y también de Ingres, con su Real Academia y los escuadrones de sus discípulos.

Y también en la obra de Rafael Sanzio se plantearon los grandiosos problemas de la genialidad; en el color, en la auscultación de la naturaleza, en la avaluación del valor de lo antiguo y en la misma imitación existe una portentosa chispa genial; y eran estos elementos de eclecticismo un alimento substancial para un pueblo claramente razonador, siendo los pintores los más apasionados en sumirse en las largas y calurosas discusiones para dilucidar las cuestiones que atañían a su arte.

H. M.

(1) Desde la inauguración de la escuela pre-rafaelista inglesa, se estableció una racha denigradora contra la obra de Rafael, por el hecho de anuar en su deslumbrante gracia y facilidad todas las taras de la plenitud del Renacimiento Italiano, en que la pintura, abandonando precipitadamente los primitivos, dejó de ser unción para convertirse en bellas materializaciones que sólo se dirigían a los sentidos. Los pre-rafaelistas se remontaban en su su adoración, oponiendo al Sanzio a Pier de la Francesca, a Pablo Uccello, y hasta Giotto. Como forman número quienes discurren sobre el autor de "La Escuela de Atenas", sin conocerlo bien, no está demás la traducción de este artículo, que si su analiza, por lo menos posee el mérito de una fiel información.

Por lo demás, apéndice de la rehabilitación se halla un poco fuera de lugar, ya que solamente quienes desconocen la obra total de Rafael no han de negarle los grandes méritos que le son inherentes.

EL HIJO PERDIDO

¡Al fin iba a ver realizado su tan deseado sueño!

Cuántos desasosigos, cuántas noches en vela, pensando acaso en la posibilidad de que lo que ardientemente esperaba no se materializara nunca.

Allí, tendido en el diván mullido y cómodo de su despacho, mientras miraba al parecer fijamente las volutas azuladas del cigarro, su pensamiento estaba lejor, muy lejor...

Recordaba... Recordaba la ansiedad inmensa con que había llegado temblando hasta la sala del célebre especialista, y con voz casi trémula le susurró la temida pregunta; luego otro día fué por la respuesta, y allí, en la sala de espera del afamado médico, padeció una angustia indescriptible. Comenzó a odiar a Pasteur desde esa tarde. Si parecía que en el gesto del retrato aquel que pendía de los severos muros le decía que no, que no... Pero todavía podía ser feliz.

Llegó al nidito que desde hacía algunos meses era el lugar de su dicha, y sonriente, exuberante de placer, le contó a la mujercita que sus temores eran infundados.

Era menester celebrar el acontecimiento.

—Vamos, vístete, prontito; vamos a cenar afuera; luego iremos al teatro, después, a algún "cabaret" elegante. Aprovecha, porque después, cuando... no podrás hacerlo.

Ella, su mujercita encantadora, sonrió, y en esos labios tentadores por el carmin del lápiz que cuidadosa y hábilmente utilizaba, floreció algo así como un dejo de contrariedad que prontamente dió paso a otro de despreocupación.

Esa tarde, pocas horas antes de llegar a su "bureau", al levantarse de la mesa, notó que los ojos de Lili miraban sin ver; flotaba su mirada violeta, casi negra, vagamente. Algo preocupaba a su muñeca, sí, y algo grave, por qué la mimosa nunca se preocupaba por nada que no fueran sus vestidos de baile y los costosos sombreros que formaban pirámide en el cuarto de vestir.

¿Qué tendría su muñeca? Hizo memoria... ¿Habría acaso olvidado algún pedido de su reíneita? No, trajo los bombones. El perfume oriental que desde hacía dos días lucía su elegante estuche en el "toilette". Y hasta el "pendentif" que creía poder adquirir sólo después de alguna transacción, un inesperado negocio hizo que en seguida éste luciera en el pecho blanquísimo de su mujercita.

¿Entonces?... Miró los ojos de la chiqueta, que así, en su "deshabillé", le parecía Lili. La observó larga y cuidadosamente. ¿Sería posible?... ¡Oh! ¡Qué dicha inmensa!

Había leído en la mirada perdida de su mujer lo que finalizó de observar en las ojeras lilas y pronunciadas que como una sombra acentuaban la belleza de los ojos divinamente hermosos.

La observó intensamente y adivinó la felicidad que llegaba a golpear su puerta.

Ella pareció darse cuenta del pensamiento que surcaba el cerebro de su esposo.

¿Novedades? Inquirió ansiosamente. Y ella afirmó con la cabeza, mientras un reproche, diríase fugazmente, nubló la limpidez de su pupilas grandes y violetas.

—¿Estás segura? ¿No te equivocas? —Estoy segura. No me equivoco. No hablaré más.

El la estrechó fuertemente, y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Y cuando se caló el sombrero, a su pesar, temblaba una lágrima de sus ojos; que tanta era la dicha que anidaba en su pecho!

Ahora, en el despacho, solo, se entregaba libremente a su pensamiento obsesante. ¡Qué lindo será? Porque debe ser varón... ¡Ah, sí! ¡Varón! ¡Qué tontería!... ¡Mira que un hombre serio preocupándose de tal manera por lo que llega! Pero... Era la felicidad que llegaba...

Debía ser buenito. No muy florón. El le acunaría, y de vez en cuando le daría el biberón con su propia mano. ¡Y era un hombre serio! ¡Qué tontería, verdad? ¡Es que se estaría poniendo viejo?

Cerró los ojos. Comenzó a pensar en la promesa de aquella tarde.

"Pasaban meses y el huésped era recibido con todos los honores. "¡Qué de apresuramientos, Dios mío! "Que el agua no esté ni muy caliente ni muy fría... Chist, no hagan ruido, que la madre descansa. A ver tú, zopenca, corre, ¡no! ¡ven! trae, lleva. "¡Ah! cada vez más inútiles estos domésticos..."

"Después corrían dos años. Caminaba ya perfectamente y charlaba en su jerga pittoresca y entrecortada. Buscaba palabras difíciles para soltarle la lengua. El había leído, no recordaba en qué libro, que era necesario, desde pequeños, a los niños educarlos la pronunciación.

"A ver, "Bebé"; di "Constantinopolizad"; ¿Qué te han agarrado? No. "A ver, tonito, Constantinopolizad. "Eso es! ¡Muy bien! Eres una ricura, un encanto..."

"Y él, el hombre serio, silabeaba Constantinopolizad..."

"Cons..." El secretario que entró como de costumbre sin anunciarse le miraba absorto.

—Amigo mío, felicítame. Hoy he tenido una gran alegría. Está usted franco. No se trabaja hoy. ¡Qué esperanza!

Quedó solo nuevamente. Bebé tenía siete años. Había que mandarle a la escuela.

Ya era grandecito. ¡Qué pena sintió cuando su peluquero, con tijeras que se le antojaron homicidas, tronchó la rubia cabellera de su hijito! Recogió los bucles y a peso de oro compró las tijeras criminales...

¡Ah! Había que vigilar al niño. No fuera que se hiciera la "rabona" con algún desarrapado que le enseñara a decir palabrotas... El le llevaría al Instituto y luego iría por él.

Después era un hombrecito. Quince años. ¿Cómo pasaba el tiempo! Los cabellos del padre eran casi blancos. Su "Bebé", que ya no quería que le dieran tal sobrenombre, debía elegir carrera. ¡Qué de conflictos, qué de disputas y discusiones! Que ingeniero, que abogado, que médico, que militar, que marino, qué sé yo...

La madre de un lado, la abuela desconforme, el abuelo... las tías...

Vaya, vaya, que el niño elija, que de él se trata...

Y el niño estaba por elegir, cuando el portero sacó del ensueño, anunciándole respetuosamente que habían dado ya las siete...

¿Tanto?

Y todo había sido una simple ilusión... ¡Ah! no, pero una ilusión que se convertiría en realidad. ¡Claro es!

¡Iría al club a tomar como de costumbre el aperitivo? ¡Qué esperanza! A castita, y volando.

Lili estaba en cama. El corazón le anunció que había pasado algo grave. Fué apresurado a la alcoba de ella, y entre encajes y tules, pálida, aunque sonriente, su mujercita le aguardaba.

—Estás enferma, querida, verdad; aquello...

—Por favor, calla, no me lo recuerdes. No hablemos más de ello. Al fin descansaré de esa terrible pesadilla. Mira que no poder ir a los bailes, ni a las recepciones, y luego tan ridícula. Qué horror... —¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dices?... —Sí, tonto, puedes estar tranquilo, pues el pequeño accidente, que pudo ser grave, fué conjurado hábilmente por la señora que me atendió.

Y él, el hombre serio que había soñado toda la tarde, sintió que en su pecho se quebraba algo.

Había muerto su esperanza y con ella había muerto también su amor.

SAMUEL E. DE MADRID

LOS OFICIOS



Grabado de A. Wohlermann y H. Starnberger

SUICIDIO DE NIÑOS

Pero, ¿hay niños que se suicidan? ¿Esa monstruosidad es posible? ¿En la edad feliz, cuando, como dijo Milanés

... "la risa vivaz en el alma de un rapaz es huésped eterna y bella",

cuando todo es motivo de alegría desbordante y las leves penas pasajeras hallan consuelo en las dulces caricias maternales, hay niños cuya vida sea tan insostenible que prefieran de un vuelo salir de ella? Si, esa realidad monstruosa existe, no ya como algunos casos aislados, sino como un fenómeno de la actual organización social. Y es ese el más negro estigma que mancha el odioso régimen de explotación capitalista, porque si es una cosa maldita la crueldad del hombre para el hombre, es mil veces maldita la crueldad del hombre para el niño.

Asombrado por la creciente frecuencia de los suicidios infantiles, un millonario americano que publica ocho revistas, acaso con muy buenos deseos de encontrar la verdad pero viviendo en un mundo desinto al mundo donde se desarrollan estas pavorosas catástrofes, atribuyó la causa al exceso de estudios que se le imponían a los niños. No negamos que pueda haber algún caso raro de suicidio infantil por esa causa, pero el noventa y nueve por ciento de los niños que se han suicidado no estudiaban, no podían estudiar nada absolutamente. Eran niños proletarios, Niños trabajadores que trabajaban larguísima jornadas por un misero jornal, insuficiente para alimentarlos debidamente, en el país más rico del mundo, en los Estados Unidos.

Es hora ya de presentar nuestra documentación, y vamos a referirnos solamente a la vecina república del Norte, porque carecemos de datos respecto a los otros países industriales, que es donde únicamente ocurren los suicidios infantiles.

En el Estado de Massachusetts, una comisión oficial ha hecho constatar que la terrible tuberculosis hace estragos sin igual entre los niños en la industria textil; y se ha dado el caso que en el espacio de un año diecinueve mil niños fueron víctimas de accidentes en el trabajo.

En Kansas City, San Antonio y en algunos lugares de la frontera mexicana, centenares de familias se alistaron con los "enganchadores" para ser enviados como ganado a los campos de remolacha de Colorado y de Michigan, donde los miembros de la familia incluso los niños de ocho años de edad, según se comprueba por la estadística, trabajan 14, 15 y hasta 16 horas diarias, bajo los ardientes rayos del sol de verano, para enriquecer a los mismos acaparadores que luego, en confabulación con las autoridades y especuladores de viveres, hacen subir el precio del azúcar a cifras fabulosas.

Un informe del Bureau de Niños (Children's bureau) del Departamento del Trabajo ha comprobado que en los campos de remolacha se empleaba el trabajo de los niños; que de 500 familias que se estudiaron trabajaba en esas faenas el 67 por ciento de niños, algunos hasta los seis años. Muchos trabajaban hasta quince horas diarias en los campos.

En julio del año próximo pasado, decía ese mismo Children's Bureau; "Miles

de niños de las escuelas trabajan en sus viviendas después de las horas de escuela, en productos de fábrica, para agregar su óbolo indispensable a la entrada de la familia".

En tres ciudades donde el Bureau hizo estudios recientemente se halló más de cinco mil niños empleados en trabajos industriales. Muchos de estos no pasaban de seis años de edad. La ley prohíbe en los Estados Unidos el trabajo de los niños de menos de catorce años, pero la ley, en Estados Unidos como en Cuba y en todas partes, es letra muerta cuando perjudica los intereses del capital y favorece los de la humanidad. La mayoría de estos obreros, incluyendo las tres cuartas partes de los de seis años, trabajaban, cerrándose los ojos por el sueño, hasta horas avanzadas de la noche. En la industria textil de los Estados del Sur la explotación de los hijos del dolor y la miseria ha asumido caracteres verdaderamente horribles. Niños pequeños, que debían estar en el Kindergarten en las horas correspondientes, y en el hogar (que debía tener) en las otras horas, trabajan en los telares desde que se levantan, muy temprano, con la pesadez consiguiente a la insuficiencia del sueño, hasta bien entrada la noche. Cuando el capataz ve a un pequeñuelo que cabecea rendido por el sueño, con una mancuera que tiene a mano, le arroja un chorro de agua fría que lo despierta y aviva por el momento.

La explotación de familias enteras incluyendo las mujeres y los niños pequeños, han permitido al trust americano de la remolacha amontonar grandes utilidades para el año 1923-1924. Los balances de cuatro compañías que controlan el 60 por ciento de la producción total muestran una ganancia de 20 millones de pesos o sea el doble de la del año anterior.

Hasta qué punto una alta tarifa protectorista ha servido para enriquecer a los explotadores del trabajo de la infancia más bien que para proteger al trabajador americano, se ve en el margen de utilidad que ha sido de \$ 18.25 en cada acción de \$ 25, esto es, una ganancia de 73 por ciento.

El "Bureau de Niños" encontró que el trabajo de madres con niños pequeñitos y de niños y de niñas de 6 a 10 años en las plantaciones de remolacha es un sistema establecido, y que la jornada de trabajo de estas niñas criaturas es de 11 a 15 horas. Estas infelices familias viven hacinadas en albergues miserables.

Hace pocos años hubo en los Estados del Norte una gran huelga en la industria textil, y en una manifestación los niños esclavos del salario llevaban en sus banderas esta simpática inscripción: "Queremos pan — y rosas también".

Mientras "La Unión Internacional en favor del Niño", bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, se entretiene en lanzar encantadores mensajes, y las grandes naciones capitalistas componen y se llaman a sí mismas civilizadas y cristianas, millones de niños están muriéndose de hambre en varias partes del globo, mientras en Norte América los agricultores no saben qué hacer con tan gran cantidad de cereales que han cosechado.

Un periódico de Estados Unidos dice: "Doscientos mil niños mueren anualmente en este país porque sus madres son sujetas a deficiente tratamiento en el alumbramiento. Y lo más importante de todo, cientos de miles de niños son privados de su única oportunidad de vivir por la brutalidad del trabajo de la infancia, al decidir el Tribunal Supremo de los Estados Unidos que una ley aprobada para proteger a los niños era contraria a la Constitución".

La prensa burguesa de los Estados Unidos nada dice de los sufrimientos de los niños míseros en aquel país, donde hay dos millones y quinientos mil pequeños esclavos del salario; más que en otro país alguno del mundo. Ahora se trata allí de introducir en la Constitución una enmienda en favor de los niños para aligerar la carga que llevan, tan superior a sus fuerzas infantiles. Ante el Comité Judicial de la Cámara de Representantes apareció Mr. David Clark, director del *Southern Textile Bulletin*, y dirigió un salvaje ataque a los que proponían dicha enmienda.

Dijo Mr. Clark que "la delincuencia juvenil era un problema mucho más serio que el trabajo infantil y que el Children's Bureau preferiría mandar los niños a la cárcel o al infierno antes que

al trabajo". Esto implica, y en ello acaso tenga razón ese alabardero del capital, que la cárcel o el infierno es la única alternativa que el régimen capitalista ofrece a muchos miles de niños si no trabajan como bestias en una fábrica que es a la vez reclusorio e infierno.

Mientras los trabajadores sean los siervos del feudalismo capitalista, oprimidos y defraudados de la mayor parte de lo que su trabajo produce, dejando a sus hijos su trabajo produce, dejando a los niños una herencia de esclavitud y de miseria, esas infelices criaturas tendrán que optar entre el trabajo abrumador y bestial o la cárcel o el infierno.

Dice Maurice Dorn en "The Young Worker":

"En su codicia por más y más lucro, los capitalistas roban a los niños de las casas pobres y los llevan a la industria, donde mutilan su vida para siempre. El mejor período de la vida del niño se emplea en amontonar cada vez más dinero en las arcas de los amos."

"Gran número de los niños que entran en la industria contraen enfermedades, ocasionadas por su trabajo. Otros muchos quedan mutilados y otros pierden la vida en las fábricas."

"Tenemos que organizar a la juventud obrera no sólo para poner término a estos asesinados, sino para destruir el régimen que los engendró y los mantiene. La sangre de estos hermanos nuestros asesinados clama por el fin de la esclavitud del salario."

Dice Sidney Warren, corresponsal de la Federated Press:

"Durante el año próximo pasado hubo cinco suicidios de niños inmigrantes en el Canadá. Niños traídos desde Inglaterra bajo los auspicios de las organizaciones caritativas se han quedado en la calle y han tenido que aceptar trabajo en las más degradantes condiciones y tratados de un modo tan brutal que el suicidio era la única salida. Estos hechos se han presentado ante el Consejo de Gremlins Obreros de Vancouver consiguientemente a una investigación de la condición de los niños inmigrantes hecha por la Liga para el bienestar del Niño."

"El informe reveló que se traen al Canadá niños hasta de cinco años y que es muy corriente traerlos de siete a diez años. Muchos de estos niños son traídos ostensiblemente para ser adoptados, pero se ha descubierto que esto es una estratagemata para conseguir trabajo barato. Esos niños inmigrantes son llevados a las granjas o a las industrias donde se les paga jornales irrisorios y se les obliga a reintegrar el importe de su pasaje, con lo cual se les mantiene durante varios años en la garra de los explotadores."

"La relación del trato que se da a los niños inmigrantes en las granjas y en los talleres de ese país suministraría a Charles Dickens, si viviera, abundante material para sus novelas realistas. En un caso, un muchacho fué obligado a trabajar tan largas horas y recibió un trato tan brutal de su amo que huyó y se escondió, en el rigor del invierno. Cuando lo hallaron, había muerto helado. En otro caso, un niño recibió tan tremenda tunda, que se quitó la vida para terminar con sus tormentos."

Leed las palabras que han sido recogidas de labios de una de esas pequeñas víctimas de la crueldad capitalista:

"Yo soy un niño obrero! Día tras día trabajo en los talleres, donde no hay más que el ruido de la maquinaria y la dura voz de los amos mandando. Mis hermanos y mis hermanas trabajan a mi lado. Nuestras ropas están trapajosas, y nosotros estamos — ¡oh, tan cansados! "Todas las mañanas, con el frío de la mañana, toca el gran plato llamándonos, y tenemos que salir arrastrándonos de nuestros camastros para ir a la fábrica. ¡Como me gustaría dormir — aún que no fuera más que una vez — hasta que no pudiera dormir más! Pero yo sé que nunca puedo hacer eso porque no tendría que comer..."

¡Qué hermoso está el sol por la mañana cuando vamos tan cansados para el trabajo! ¡Qué suave y qué buena para descansar luce la yerba en los patios de los AMOS! ¡Qué feliz sería yo y mis hermanos si pudiéramos descansar allí en la blanda hierba! Y qué bueno sería si mis hermanas pudieran tener una casita de juguetes y muñecas bajo las grandes encinas. Pero eso NUNCA puede ser, porque somos pobres. El juego no es para los niños como nosotros."

"Una vez vi un montón de niños y niñas felices jugando alegremente en el patio de una escuela. — Eran como nosotros, pero mejor vestidos y tenían las mejillas llenas y encarnadas; no flacas y amarillentas como las nuestras. ¡Qué dichosos son esos niños!"

"Tengo una tos MALA. El médico dice que deben mandarme al campo, pero mi padre dice que no puede ser. Tengo que seguir trabajando largas horas y días cansados mientras la tos sigue poniéndose cada vez más mala. No me gusta el modo como me mira el capataz cuando me oye toser. Me temo que va a despedirme y eso será malo porque entonces mi padre y mi madre me pejarán."

"Yo quisiera saber por qué algunos niños tienen tiempo para jugar y para ir a la escuela mientras que otros, como nosotros, no conocen más que la tristeza de la fábrica y el agujón del trabajo..."

"¿Que el tema no es ameno? Ya lo sabemos. Más confortable sería colocarnos en esa zona neutral del crimen que se llama la indiferencia; encogernos de hombros y decir: "no es culpa mía".

Pero, ¿de quién es la culpa que haya en el mundo esas almitas torturadas? ¿Es acaso una culpa individual? No, por cierto. Es una culpa colectiva, una culpa social, y siente uno escalofríos en la conciencia al pensar que, por la ley de la solidaridad humana, puede caberle parte de esa culpa.

Ha dicho Carlos Marx que "el capital viene a este mundo chorreando sangre y lodo por cada uno de sus poros". Este

es el gran culpable, el régimen capitalista que cierra su ciclo con el más horrible de sus crímenes: "el suicidio de los niños" causado por los intolerables sufrimientos que la explotación capitalista les impone a muchos de ellos.

El trabajo excesivo y mal pagado de los niños es una enfermedad orgánica del sistema de producción capitalista. Han sido vanos todos los esfuerzos hechos por organizaciones americanas que cuentan con diez millones de miembros para redimir a esas pobres criaturas de la explotación a que están sometidas. Prueba de ello es que el Children's Bureau de Washington ha declarado que en los primeros seis meses de 1923 hubo un aumento de 38 por ciento en la explotación del trabajo infantil.

Muy dignos de encomio son los esfuerzos humanitarios de esos diez millones de personas que se empeñan en suprimir ese crimen de lesa humanidad. Algunas de ellas han penetrado, para conocerla bien a fondo, en la vida cotidiana de esas pobres criaturitas, víctimas dolientes del régimen capitalista, y han salido llevando en los ojos el horror dantesco del que ha bajado a los infiernos. Pero el mal ha aumentado a pesar de sus esfuerzos para suprimirlo, porque no han atacado el mal en sus raíces. Acaso la inmensa mayoría de esas personas que se horrorizan ante el espectáculo de la despiadada explotación de los niños, retrocederían, más espantados aún, si se les dijese que eso es un efecto, que no puede suprimirse si no se suprime la causa, y que la causa fundamental y única es este abominable régimen social que consagra el derecho a la propiedad por encima del derecho a la vida.

C. BALISO

EN RECUERDO DE VARLAN TCHERKESOF

(Conclusión)

No fué culpa de Tcherkesof si quedó tan aislado; fué culpa de todos nosotros, porque la aprobación, los aplausos que no faltaban, no reemplazarían el fuerte apoyo intelectual que habría sido necesario. Esa falta de colaboración en su obra tan útil y tan oportuna, permitió también deslizarse algunas exageraciones en los trabajos de Tcherkesof que, para hablar seriamente, no fué más economista que nosotros y que yo, que casi todos nosotros, y que por la buena voluntad y el entusiasmo no pudo improvisar una ciencia, conocimientos, la aplicación de métodos que los especialistas manipulan como expertos y que nosotros no manipulamos más que como dilettantes. Así se vio fascinado por esa idea de que no se volvió a separar, a la del plagio de Marx y Engels al respecto de su *Manifiesto del partido comunista* (1847-48). Como para muchos que no tienen ocasión de examinar esas cosas por ellos mismos, Tcherkesof pasa por el demoleedor de Marx y Engels en el terreno de la simple honestidad literaria, quisiera decir algunas palabras al respecto.

Un buen día, de vuelta de un pequeño viaje a Holanda, Tcherkesof fué a verme radiante de felicidad. Al releer el *Manifiesto comunista* había sentido siempre que había leído ya esas cosas en su juventud, sin recordar dónde. Luego, hojeando antiguos folletos fourieristas en casa de Domela Nieuwenhuis en Amsterdam, había encontrado lo que buscaba desde hacía tanto tiempo, lo que había leído treinta años antes; fué: *Principes du Socialisme, Manifeste de la démocratie au XIX siècle* (París, 1847), por Victor Considerant, una nueva exposición de las *Bases de la Politique positive, Manifeste de l'Ecole sociétaire fondée par Fourier* (París, 1841) del mismo autor, el escritor fourierista principal al lado de Fourier. Puso ante mí los dos textos de 1847 y 1848. Considerant y Marx y Engels, y en la descripción y crítica del sistema capitalista sobre todo me mostró un número de pasajes que consideraba copiados fraudulentamente unos de otros. Yo no me convencí de sus afirmaciones de plagio entonces, ni más tarde en mu-

chas otras conversaciones que hemos tenido sobre el asunto, ni lo estoy ahora. Le oí siempre el argumento siguiente que hoy, cuando por publicaciones muy documentadas, la vida, los estudios, los escritos publicados y los escritos que permanecieron manuscritos de Marx y de Engels, y lo mismo los hechos que llevaron a la confección del *Manifiesto comunista* y sus etapas anteriores, son bien conocidos, y cuando tuve ocasión de conocer mejor a Considerant por muchos de sus escritos, por sus libros magníficos *Destinée sociale, Le socialisme devant le vieux monde, Débats de la Politique en France*, etc., el argumento, digo, que siento cada vez más confirmado.

Pienso, pues, que por sus estudios, trabajos y experiencias en los países del capitalismo muy desarrollado. Considerant, tanto como Marx y Engels, todos hombres muy inteligentes y capaces, eran igualmente capaces de reducir la gran cantidad de argumentos contra el sistema capitalista en la forma concentrada de un *Manifiesto* que resume la crítica socialista, que necesariamente han debido llegar a expresar las mismas conclusiones en términos alguna vez bastante parecidos, pues son los términos competentes, reconocidos por la ciencia. Si nosotros y yo somos llamados a dar la descripción, por ejemplo, de un puente de hierro, lo haremos en términos inexactos que tomaremos quién sabe de dónde y nuestras descripciones serán muy diferentes. Pero si dos ingenieros que no se han visto jamás son llamados a describir ese puente de hierro producirán necesariamente descripciones casi iguales, porque cada cual empleará el mismo término reconocido, exacto, para describir cada parte del puente o de lo contrario comprenderá mal su oficio. Lo mismo pasa en todas partes donde existe verdadera competencia, y Considerant como Marx y Engels tenían esa competencia parecida entonces. Por lo tanto, la hipótesis de Tcherkesof me pareció siempre ante todo *intuitiva*: ni Marx ni Engels tenían necesidad de algún modelo para escribir tal *manifiesto*: uno y otro no tenían más que el obstáculo de la elección entre la gran cantidad de materiales y argumentos socialistas. Pero me fué imposible

convencer a Tcherkesof, el cual, estimulado por aplausos poco críticos, se puso en el sucesivo a la caza de las desdeshonestades literarias de Marx y sobre todo de Engels, sin dar nunca, según mi opinión, una prueba clara. Le hablé siempre en buena amistad. Yo mismo soy un investigador de los procedimientos de Marx y Engels en su actitud más que innoble hacia Bakurín, como su falta de escrúpulos en luchas personales y habría debido quedar encantado de los descubrimientos de deshonestidad literaria que Tcherkesof creía haber hecho, pero no, jamás pude convencerme. Podría mencionar muchos otros que permanecieron igualmente escépticos. Los adversarios marxistas se aprovecharon de esas exageraciones para depreciar toda la crítica de Tcherkesof y de los anarquistas que le seguían, y eso fué muy lamentable.

Porque Tcherkesof ha dicho muy buenas cosas en esa polémica; ha recordado el hecho demasiado descuidado que el socialismo, las ciencias, todas las producciones del espíritu humano se asocian, están unidas entre sí y no son jamás el producto exclusivo de uno solo; ha demostrado así el absurdo de las pretensiones de originalidad casi absoluta que poco a poco sostienen los marxistas para todo lo que han dicho Marx y Engels. Así la concepción materialista de la historia ha tenido tantos precursores y por lo demás no es sino una hipótesis incompleta y bastante relativa; la concentración del capital no se produce como Marx lo había predicho; el método dialéctico, instrumento de especulación llamado filosófico, no puede aplicarse a los hechos muy reales de la vida económica y así por el estilo. Marx fué estrictamente el hombre de su tiempo, el observador de la vida industrial, financiera y obrera en Inglaterra y en Francia durante los años 1840-1860 tan diferentes de los años de Tcherkesof. Por lo tanto, la ciencia económica y social tiene necesidad de renovación constante y como no se juraría en las palabras de Babeuf o de Saint-Simon un siglo más tarde, sería absurdo creer que Marx ha dicho la última palabra y que los intérpretes fieles de Marx, Kautsky y Plekanof, son en lo sucesivo los altos sacerdotes del socialismo internacional. Tcherkesof arrojó un desafío al marxismo, y ha hecho bien.

Mostró un interés semejante por todos los desevolventes del anarquismo durante esos años, discutiendo siempre, sobre todo los aspectos prácticos de la propaganda, los medios para ampliarla, para ponerla en contacto con esas grandes masas obreras ya organizadas, ya despiertas a un sentimiento, a una necesidad misma de socialismo y que, sin embargo, permanecen bajo la tutela de los "malos pastores", los jefes políticos y los jefes de sus asociaciones supuestamente basadas en la igualdad y la solidaridad. Como Tcherkesof, que se dirigió tan a menudo en ruso a grandes reuniones de obreros de Rusia, rusos y judíos, en el este de Londres, no era orador en inglés, debió limitarse a una propaganda en inglés para la discusión íntima directa, un excelente medio, y mediante ella difundió y explicó las ideas a su alrededor, a hombres capaces de desarrollarse, de una manera notable. Se encontraba en él un fondo de una experiencia antigua, el interés siempre vivo hacia las actualidades, una observación constante de todos los factores internacionales políticos y económicos que determinan la situación y permiten prever la causa de los acontecimientos, si se es inteligente, y con todo eso un buen humor, una esperanza que veía las cosas color de rosa y que estimulaba a los pesimistas y a los pasivos. Siempre tenía algo nuevo, algo interesante; dejaba al margen las nulidades, se hablaba mucho con él, pero no perdía nunca el tiempo; mantenía la conversación más baldada a un nivel útil a todos. En una palabra, fué durante muchos años un excelente camarada y para muchos un amigo.

Además de eso fué siempre muy pobre y su salud fué débil, su cuerpo era frágil, aunque debió tener un buen fondo de fuerza de resistencia. Pero ya en el novena del siglo pasado sufría su salud y debió cuidarse en la parte abrigada entre Vevey y Montraux en el borde del lago de Ginebra. Fué entonces cuando al pasar por Ginebra asistió, de *incognito* por decirlo así, desconocido por casi todos, a una reunión en donde Plekanof predicó

el marxismo de una manera ultrajante, sabiendo por experiencia que no encontraría contradictor competente. Como se me ha contado varias veces, Plekanof no se sorprendió poco cuando en la discusión Tcherkesof pidió la palabra y trazó un cuadro de lo que había sido el movimiento revolucionario ruso a partir de Tchernischevski y de sus demás orígenes, durante ese tiempo, despreciado y denigrado por Plekanof, y cuando al hablar de Marx demostró lo insuficiente, lo incompleto y lo poco original del sistema de Marx. La juventud rusa que no conocía todo eso más que por su sermoneador habitual, Plekanof, fué vivamente impresionada por esas revelaciones sobre el verdadero pasado revolucionario expuesto por un hombre de notoriedad indiscutible como Tcherkesof, y fué, se dice, una velada notable; Plekanof se volvió livido y de todos los colores, y al menos esa noche no pudo volver a tomar el centro que Tcherkesof había hecho caer de sus manos.

Pero este último estaba muy aislado y enfermo y la creación de algunos grupos anarquistas de jóvenes rusos en Ginebra, en París y en Londres exigió algunos años y muchos esfuerzos, pero se hizo, y fué en casa de Tcherkesof, en su gran habitación, que vivió tantas discusiones anarquistas animadas, siempre amistosas, donde se reunió la primera conferencia anarquista rusa. Camaradas como el georgiano Gogelia, (muerto hace unos meses y que imprimió las publicaciones rusas en Ginebra, más tarde las publicaciones en lengua georgiana en Tiflis), Alejandro Schapiro, que todos conocen, y otros en París y en otros lugares, fueron el alma de ese movimiento al que Kropotkin y Tcherkesof dieron todo su apoyo.

Tcherkesof volvió con mejor salud de Suiza, e hizo aún en el curso del 90 del siglo pasado un viaje muy secreto a su país natal donde pasó varios meses entregado a los asuntos georgianos nacionales y de donde regresó sin incidente, con gran placer de sus amigos, que habían temido no volverle a ver. Hizo viajes menos aventurados por Bélgica — donde vió a Eliseo Reclús y trabó amistad con los profesores E. Nys y G. De Greef, hombres muy interesantes — y por Holanda, donde Domela Nieuwenhuis, que hizo por su parte su crítica libertaria de la acción *práctica* de la socialdemocracia (*Le socialisme en danger, etc.*), se interesó mucho en la crítica de las teorías de Marx en que se había especializado Tcherkesof.

En el ambiente de Domela Nieuwenhuis donde Tcherkesof conoció a la que bien pronto se convirtió en su mujer, como la hermana mayor fué la mujer de Ch. Cornelissen, muy activo en el movimiento socialista holandés y que evolucionó también en esa época hacia el socialismo libertario. Como la familia Cornelissen iba pronto a trasladarse a París, Tcherkesof halló en ella un nuevo punto de apoyo amistoso y en lo sucesivo hizo a menudo viajes a París, cuyo clima más suave, la alegría y la vida popular le recordó su mediocridad georgiana que amaba tanto y del cual fué separado de tal modo en las brumas de Londres. Si se quiere ver a Tcherkesof casi feliz, era preciso verlo en París, donde se alegraba infinitamente y veía más cosas color de rosa que nunca. Se puede decir que esa creación de un hogar en 1899 fué un gran bien para Tcherkesof, pues lo arrancó a una vida semejante a la de los estudiantes pobres y que amenazaba su salud. Su mujer se asoció completamente a su obra, a su parte anarquista como a su parte georgiana, amó la Georgia y compartió en lo sucesivo todos sus destinos; le sobrevivió, y espero que en fin hallará el tiempo para hablar de su vida en un libro de memorias, para las cuales abundan los materiales.

Algunos años más tarde los georgianos amigos de Tcherkesof hicieron publicaciones de un socialismo georgiano nacional, federalista, en París y publicaron un periódico *Sakharveli* (Georgia); no puedo decir si Tcherkesof se identificó con ese grupo, un poco más nacionalista de lo que era él. Pienso que Tcherkesof ha debido encontrarse más o menos aislado entre esas aspiraciones muy diversas que no correspondían a su ideal, que estaba penetrado de sentimiento anarquista e internacional y que, al rechazar un Estado socialdemócrata o un Estado

nacionalista, llamados independientes, pero que habrían entrado fatalmente en la esfera de intereses de Inglaterra, exigía una Georgia autónoma, anarquista cuando fuera posible, federada con Rusia y otras partes de nacionalidades diversas componentes del organismo económico territorial enorme que fué el imperio ruso. Tcherkesof no quería el separatismo incondicional, el aislamiento nacional, político, económico, sino la Georgia libre armoniosamente federada y solidaria con una Rusia libre. Esas son al menos mis impresiones de acuerdo a nuestras conversaciones hasta 1913; ignoro si a consecuencia de los acontecimientos a partir de 1914 modificó esa opinión, pero hasta que se pruebe lo contrario, no lo creo.

La amnistía de octubre de 1905, después del primer golpe dado al zarismo en ese año, permitió a Tcherkesof volver a Rusia y residió en 1906-7 en Rusia y en Georgia, que debió describir en un periódico americano para el cual escribía mucho entonces. Fué un tiempo dichoso cuando por fin, después de cuarenta años de vida de perseguido, de desterrado, de visitante clandestino en medio de grandes riesgos, pudo viajar abiertamente por su país natal, volver a ver familia y amigos de infancia y mostrarlo todo a su mujer abnegada que visitó entonces con él todos los rincones del Cáucaso. He oído sus relatos cuando la residencia en Londres se había convertido en un nuevo destierro. Porque los cambios de 1905-6 no correspondieron a las aspiraciones georgianas que debían presentarse a la Conferencia para la Paz de La Haya (Holanda) y que fueron formuladas en una memoria que Tcherkesof transmitió a esa conferencia. Había abandonado Georgia con ese fin y supo pronto que esa acción en interés de su región natal había sido considerada como sediciosa por el gobierno ruso, que no podía volver sin ser detenido, que estaba forzado de nuevo, pues, a quedar en el extranjero.

Pasó de nuevo diez años en Londres, desde 1907 a 1917. En esos años la mentalidad de los pueblos de Europa fué preparada de mil maneras sutiles y cínicas para la guerra mundial que se sentía en el aire, y ninguno de nosotros, anarquistas — con excepción de algunos camaradas italianos, Malatesta, Galleani, Bertoni y otros, — escapó completamente a ese envenenamiento, a esa infección general. Tampoco Tcherkesof, como se sabe, y su lucha contra el principio autoritario que, en el socialismo, veía encarnada en Marx y en la socialdemocracia alemana, se transformó gradualmente en una animosidad contra el pueblo alemán que contrastaba con su actitud tan amable y amistosa hacia algunos alemanes conocidos suyos, como Bernhard Kampffmeyer y yo mismo que le contradije ciertamente mucho, pero que fué tratado siempre por él con cortésia, paciencia y cordialidad. Era absolutamente inevitable que Tcherkesof — que no había conservado su sangre fría en ocasión de la guerra balcánica de 1912, como conocedor de las naciones y de las cuestiones orientales y de todos los hilos diplomáticos y financieros que les ligaban al juego siniestro de la política general de los grandes Estados, — era inevitable que en ocasión de la guerra mundial de 1914 Tcherkesof hiciera exactamente lo que había hecho y no experimenté por eso el menor asombro ni resentimiento, puesto que todo su ser lo arrastraba irresistiblemente en esa dirección y cualquiera que lo haya conocido ha debido prever esa actitud.

Vuelto a Rusia en 1917, después de la caída del zarismo, ha debido sentirse aislado, sin patria, desilusionado, porque los que sentían como él eran una minoría impotente. No conozco los detalles de su vida en ese período, pero ha debido sentir igual horror ante el bolchevismo dictatorial de Lenin triunfante en Rusia y ante el menchevismo bajo la tutela de los Plekanof y de los Kautsky que triunfó en Georgia, para ser aplastado en 1921 por el bolchevismo ruso que echó de nuevo la garra rusa sobre Georgia, que el interés inglés, triplemente interesado en el petróleo del Cáucaso, en el debilitamiento ruso por la separación del Cáucaso y en la ruina del bolchevismo ruso anticapitalista, había querido separar de Rusia — para formar, no como Kautsky se expresa, "una república campesina socialdemócrata", sino un Estado do-

minado por Inglaterra, puesto avanzado inglés en los flancos de Rusia, como lo son Estonia, Latvia, etc. Las impresiones de Tcherkesof han debido ser muy tristes. Abandonó de nuevo la Georgia, no sé en qué condiciones, en 1918 ó 1919, pienso, para regresar en el invierno de 1920-21. Fué luego testigo de la invasión bolchevista, pasó el invierno siguiente, 1921-22 en condiciones muy precarias y se resignó de nuevo al destierro voluntario por su última partida para Londres donde pasó estos últimos tres años, triste y resignado. Supe este verano que su salud declinaba, pero sin embargo he sido tristemente sorprendido cuando supe que el 18 de agosto fué llevado por la muerte.

Fué, como se ha podido ver, un hombre que militó por decirlo así casi 65 años, siempre pobre, sin ambición, sociable, amable, alegre y resignado a la vez, como fué optimista y al mismo tiempo no se cegó a las realidades. Un buen hombre que ha hecho todo lo que pudo, uno de esos viejos que se vuelven raros y que la juventud a quien amaba y que lo amaba deberá recordar con placer. Si hubiese habido muchos como él, ¿dónde podrían estar nuestras ideas!

Conservemos, pues, un buen recuerdo de nuestro viejo camarada y amigo Varlan Tcherkesof, el georgiano y el anarquista.

Max Nettlau

6 de septiembre de 1925.

EDITORIAL "LA PROTESTA" OBRAS PUBLICADAS:

Sebastián Faure

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) — Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2 00, encuadernado en tela, \$ 3.50.—

Max Nettlau

"Errico Malatesta" — La vida de un anarquista. — Un tomo de 270 págs. En rústica, \$ 1.20; encuadernado en tela, \$ 3.50.—

C. Lombroso y Ricardo Mella

"Los Anarquistas" — estudio y réplica. Un tomo de 170 págs., \$ 1.—

Miguel Bakunin

"La Revolución Social en Francia" — Primer y segundo volumen de las OBRAS Completas. — En rústica \$ 1.50; en tela, \$ 3.50 c/ uno.—

Pedro Kropotkin

"El Estado, su rol histórico — El Estado Moderno — En rústica \$ 0.50; en tela, \$ 1.50.—

Luis Fabbri

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" — En rústica, \$ 0.50; en tela, \$ 1.50.—

Agustín Souchy

"La Ukrania Revolucionaria (Impresiones de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920) \$ 0.30.—

J. Guillaume

"Miguel Bakunin" — Noticia Biográfica — \$ 0.20.—

Errico Malatesta

"Entre Campesinos" — \$ 0.15.—

Juan Crusao

"Carta Gaucha" — \$ 0.10.—

"Hijos del Pueblo" — Nuevo Cancionero — En rústica, \$ 0.30 — Encuadernado en tela, \$ 1.00.—

W. TCHERKESOF

Páginas de historia socialista

II

DICTADURA Y PRETENSION CIENTIFICA

Para tener una más neta idea de la conducta de Marx y de Engels como inspiradores del Consejo general de la Internacional, es necesario ver cual fué su actitud durante la Comuna de París.

El 3 de abril de 1871, el Consejo general de la Internacional de Londres escribía a París: *Los ciudadanos miembros del comité de París están invitados, visto el estado de las cosas, a dirigir al comité central de Londres informaciones periódicas.*

¡Pedir informes a gentes que se está batiendo! ¿y para qué estos informes?

Del 9 de abril: *Esperamos el resultado para daros nuestras instrucciones.*

A lo menos Bismarck y el emperador Guillermo, que pretendían mandar, estaban presentes sobre el campo de batalla! Pero el Comité general, dirigido por Marx y Engels, prefería estar en seguridad, al calor de la estufa, y dar instrucciones. ¡Y qué instrucciones!

Del 4 de abril: *No fomentéis agitacion inútil en provincias.*

Del 9 de abril: *Hasta entonces, dejad obrar a los republicanos y no os comprometáis en nada.*

O bien: *La lucha está empeñada definitivamente. Contamos con vosotros para sostenerla.*

Pero el colmo del absurdo, es que estas gentes, ávidas de poder, querían regimentar el movimiento de cada combatiente. Véase:

Del 23 de marzo: *Retened a Gobert en Lyon, Henriot con vosotros y enviad a Estéin a Marsella.*

Del 24 de marzo: *Enviad a Cluseret a París (bonito regalo, a fé, que les hacian).*

Del 20 de marzo: *En presencia de las dificultades que se presentan para la marcha a Lyon de los ciudadanos Assi y Mortier, el ciudadano Landeck va de legado a Marsella y Lyon con plenos poderes (1).*

Según los estatutos de la Internacional, su Comité general sólo tenía funciones puramente administrativas y sólo debía servir de oficina central para la correspondencia de las diferentes organizaciones nacionales. El Consejo no tenía que intervenir para nada en los sucesos interiores de cada país. Sin embargo, bajo la dirección de Marx y Engels, se arrogó, poco a poco, otros derechos, como el de guiar a las organizaciones obreras, y llegó hasta la dictatorial locura de mandar órdenes de la índole que acabamos de mencionar. ¡Plenos poderes sobre Marsella y Lyon a un ilustre desconocido! (Y qué tacto! Dos alemanes delegando a un bonachón alemán para dirigir a los socialistas franceses, mientras que el emperador, los príncipes alemanes y Bismarck estaban en Versailles).

Desde 1870, miembros inteligentes de la Internacional, como Guillaume y Bakunin, habían ya visto apuntar esta maléfica y ridícula tendencia a querer erigirse en dictadores internacionales. Dichos miembros formaron una corriente contraria que poco a poco tomó cuerpo; las protestas surgieron cada día más numerosas y violentas; y desde entonces data el odio que la camarilla marxista consagró a los federalistas, y especialmente contra Guillaume y Bakunin. Esta camarilla empleó toda su energía y toda la autoridad de que pudo disponer, y no se atuvo tan sólo a las amenazas. Hemos visto cómo se aseguró la mayoría en el congreso de 1872, celebrado en La Haya; y su libelo *La Alianza Internacional*, publicado en dicha época, es un ejemplo sin igual de calumnias y absurdos.

En el congreso de Francfort de 1894, un delegado dijo: *“La medicina del socialismo debe administrarse a pequeñas dosis”.*

Un honrado sabio decía últimamente a uno de nuestros amigos: *“¡Pero, qué queréis, el programa de los radicales es más avanzado que el de los socialistas!”* Y es verdad.

Después de la escisión en el congreso de La Haya, las dos fracciones siguieron dos tácticas muy diferentes. Mientras que los dos federalistas acentuaban cada día más la lucha sobre el terreno económico y revolucionario, los partidarios de un Estado centralizado, que en 1873 habían decretado un programa de acción legal y parlamentaria, veíanse arrastrados por los sucesos políticos y por la lucha electoral en el camino de la moderación y de los compromisos que se conocen. Sabido es hasta qué punto, en el congreso de Gotha, la democracia social alemana empujó el espíritu de conciliación entre las reivindicaciones socialistas y el orden social actual y el Estado (1); así es que no hay nada de extraño en que la antigua calificación de “socialista revolucionario”, se hubiese vuelto molesta para todos estos señores diputados y consejeros. Fué necesario hallar otro calificativo más adaptado a su nueva concepción del socialismo, a su reciente y tan distinguida situación de legisladores.

La palabra deseada se encontró: en lugar de “socialismo revolucionario” se comenzó a emplear la expresión “socialismo científico”, como si existiera un socialismo para los ignorantes; probablemente el de Saint-Simon, de Owen, de Proudhon y de Tchernychevsky. Desgraciadamente, el adjetivo “científico” se presta a una falsa interpretación, pues precisamente son los defensores de las iniquidades de la organización capitalista quienes tienen siempre en la boca la palabra “ciencia”; por otro lado, hace mucho tiempo que en Alemania una cierta clase de reformadores sui generis, adormideras patentadas, se han dado a conocer con el nombre de socialistas de cátedra, *Kathedersozialist*.

Era absolutamente necesario distinguirse de estos sabios oficiales. Entonces principió la creación de una leyenda sobre su particular ciencia, exclusivamente suya, y basada en los dos descubrimientos especiales debidos a los fundadores de la democracia social. En lugar de decir simplemente que el desarrollo inmenso de la cultura intelectual nos obliga a efectuar un cambio radical en la organización capitalista y del Estado, y que la ciencia *toda entera*, según las investigaciones de los hombres independientes, condena el modo de producción y consumo individual, quisieron atribuirse todo el mérito de una ciencia especial; la ciencia de la democracia-social. La afirmación es de lo más pretencioso, no se mantiene en pie desde el momento que audazmente se la examina de cerca: la ciencia real va unida a todas las verdades conocidas, y obra en todas las ramas del saber humano arrastrando con presión irresistible a todos los espíritus independientes...

Vamos a ver si su ciencia tiene otro carácter.

Escuchad la afirmaciones de los “pensadores” y de los publicistas oficiales del partido:

“Las leyes de la producción capitalista descubiertas por Marx, — leemos en la biografía de Engels (*Neue Zeit*, año IX, número 3) — son tan estables como las de Newton y de Kepler para el movimiento del sistema solar”.

Es a Marx, dice Engels, a quien nosotros debemos dos grandes descubrimientos:

1.— La divulgación del secreto de la producción capitalista por la explicación de la supervalía.

2.— La concepción materialista de la historia. (Engels, *El desarrollo del socialismo científico*).

(1) En el congreso de Francfort de 1894, un delegado dijo: *“La medicina del socialismo debe administrarse a pequeñas dosis”.*

Un honrado sabio decía últimamente a uno de nuestros amigos: *“¡Pero, qué queréis, el programa de los radicales es más avanzado que el de los socialistas!”* Y es verdad.

“...En 1845 hemos decidido (Marx y Engels) dedicarnos a las investigaciones necesarias para elaborar la explicación materialista de la historia, descubierta por Marx. (Prefacio de *Ludwig Feuerbach*, por Engels).

En una polémica con Dühring encontramos que Engels dice: “Si Dühring pretende decir que todo el sistema económico de nuestros días... es el resultado del antagonismo entre las clases, de la opresión... entonces repite verdades que son lugares comunes desde la aparición del *Manifiesto Comunista*.” (Redactado por Marx y Engels).

Contando la historia de la evolución de su juventud, Engels dice cándidamente: “Lo muy de notar es que nosotros no fuimos los únicos en descubrir la dialéctica materialista. El obrero José Dietzgen hizo el mismo descubrimiento... (*L. Feuerbach*).” Después de semejante confesión, me parece se puede correr el telón. Pero no, los adeptos de estos dos pensadores van más lejos aún. Afirman que sus maestros fueron los primeros en aplicar el método dialéctico a las investigaciones y estudios históricos, económicos y sociológicos, gracias... a lo cual han encontrado la ley de concentración capitalista — especie de fatalismo económico. Son también ellos quienes “han creado un partido socialista, el más revolucionario que la historia ha conocido”, la democracia-social. Es necesario estudiar el folleto de Engels, *L. Feuerbach*, porque es la exposición más completa de la filosofía de estos dos “pensadores” (Plekhanoff, prefacio); es necesario que la humanidad se ocupe seriamente de los menores hechos y actos de su juventud, pues “son los primeros pasos del socialismo científico.” (*Neue Zeit*, Biografía de Engels).

Estas citas son bastantes claras, pero aún hay más. Actualmente sabemos que fueron Engels y Marx los que descubrieron las leyes eternas de la vida social. ¿Y nadie antes que ellos sospechó siquiera la existencia de esas leyes? —Nadie, nos afirman los demócratas socialistas.

“Alemania, dice Bebel, ha emprendido el papel de guía en la lucha gigantesca del porvenir. Hasta está predestinada a este lugar por su desarrollo y por su posición geográfica... No es una simple casualidad que sean los alemanes los que hayan descubierto la dinámica del desarrollo de la sociedad. Entre estos alemanes, el primer lugar pertenece a Marx y a Engels; después de ellos viene Lassalle, como organizador de la masa obrera.” (*La mujer*, conclusión).

Esta admirable cita de carácter completamente demócrata-social, por su vanidad, nos enseña, en fin, sobre qué fundaban Marx y Engels su pretensión a una dictadura universal. Alemania está a la cabeza de la humanidad, ellos son dos glorias de su país, por consiguiente estaban por encima de la ignorante humanidad...

III

METODO DIALECTICO

¿Pero es que la humanidad ignoraba el método dialéctico y la idea de la supervalía? Vico, Volney y los enciclopedistas, Agustín Thierry, Buckle, A. Blanqui, Quetlet y tantos otros, ¿no han tenido alguna idea de la influencia de los factores económicos sobre la historia de la humanidad? ¿Es que T. Rogers no ha escrito su grande obra, *Seis siglos de trabajo y de salario*, y a título de resumen no ha publicado su volumen *La interpretación económica de la historia*? Y si las verdades encontradas por los hombres independientes, si la ciencia de los pensadores que no aspiraban ni a la dictadura, ni al papado, si esta ciencia existía realmente antes de entrar en escena Marx y Engels, entonces ¿cómo será necesario calificar a los autores de todas estas citas? Todos estos Bebel, Kautsky, Plekhanoff, Engels, etc., ¿han escrito los pasajes citados por simple ignorancia, o bajo la influencia de motivos completamente extraños a las investigaciones científicas?

Por las precedentes citas sabemos que la humanidad debe a Marx y a su amigo Engels, lo siguiente:

- 1.º La aplicación del método dialéctico a las investigaciones sociológicas.
- 2.º El descubrimiento de la supervalía, ignorada por la ciencia anterior a ellos;

3.º La explicación materialista de la historia.

4.º Y, como coronamiento del edificio, la ley sobre la concentración del capital, “la expropiación del mayor número de capitalistas efectuada por el menor.” (Véase *Capital*, página 342).

Ante todo, pido perdón a los obreros, especialmente a los socialistas internacionales, de esta mi excursión tan poco agradable, en el dominio de las leyendas y de las pretensiones mal llamadas “científicas”. Pero esta labor excursionista es una necesidad que nos impone nuestro estudio. Cuando en nombre del socialismo científico se predica en nuestros días la adoración del Estado todopoderoso, la autoridad, el orden, la disciplina, la subordinación y otras cualidades consideradas como un honor en los cuarteles; cuando se ridiculiza la idea de emancipación, de libertad y de solidaridad aplicándoles la etiqueta de utopía, y que cada exposición de las ideas humanitarias y socialistas está tachada de ignorancia, es muy necesario darse cuenta y buscar dónde se encuentra la verdad...

La ciencia, esta gran ciencia de los naturalistas con sus sistemas de evolución, de transformismo y de materialismo monístico que tanto repugnan a Engels (1), fué creada y se desarrolla según el método inductivo, y todos los grandes espíritus científicos ignoraron y hasta condenaron el método dialéctico. Desafío a los demócratas-socialistas a que me citen un solo sabio de nuestro siglo que se haya servido del método dialéctico en las investigaciones científicas, a no ser que fuera en la metafísica alemana.

¿Acaso Lamarck, Geoffroy-Saint-Hilaire, Lyell, Darwin, Haeckel, Helmholtz, Huxley y otros, elaboraron la gran filosofía evolucionista sirviéndose del método dialéctico?

Quetlet y J. S. Mill, Morgan y Buckle, Mañ y Taylor, H. Spencer, Guyau y Bain ¿han hecho sus generalizaciones de sociología, de lógica, de ética y de filosofía moderna, con otro método que no sea el método inductivo? El que conozca un poco la historia del desarrollo de la ciencia moderna debe reconocer que todos los grandes espíritus han repudiado el método dialéctico.

“El método de generalización dialéctica de estos filósofos (metafísicos), — dice el profesor W. Wundt (2) — sobre la cual basaron la infalibilidad de su doctrina, nos aparece como un veto artificial y repulsivo que desnaturaliza una idea.” Otra autoridad, una verdadera gloria de Alemania y de la humanidad, Goethe, tampoco era favorable al método tan caro a Engels y a sus discípulos (3).

El espíritu científico de Goethe no podía evidentemente admitir este famoso método con el cual el pro y el contra se prueban con igual facilidad. Comprendía que sólo hay un método de investigación; el método científico.

Cuando se hace una hipótesis, se verifica con el método inductivo y se convierte en teoría cuando la causa racional de las relaciones establecidas por inducción ha sido demostrada por el método deductivo.

Y para colmo, este método de raciocinio no es nuevo. El mismo Engels ha dicho en alguna parte que Descartes y Spinoza, Rousseau y Diderot, y que el contemporáneo de Hegel, Carlos Fourier, se servían de dicho método *admirablemente bien*. Todos estos filósofos, especialmente este último, han constraído sus trabajos a investigaciones dentro de los dominios de la filosofía social y del socialismo. ¿Cómo es posible, pues, que Marx, Engels y el obrero alemán Dietzgen háyanse visto obligados a descubrirlo de nuevo?

Que los diputados, filósofos y publicistas del socialismo científico, lo expliquen, si pueden, a los ignorantes...

(1) En su folleto *L. Feuerbach trata al materialismo de las ciencias naturales de “vulgar”*, por oposición al suyo.

(2) W. Wundt: *Relación de la filosofía de nuestro siglo y de la vida, discurso pronunciado en la universidad de Leipzig, 1889* (Citamos según una traducción rusa).

(3) Véase *Conversaciones de Eckermann, 3.ª parte*.